

"VUESTRA TRISTEZA SE CONVERTIRÁ EN GOZO"

élder Robert D. Hales
del Primer Quórum de los Setenta



"El propósito del sufrimiento es fortalecernos. Aprendemos a obedecer por medio de las penas que tenemos que pasar."

Hay muchas clases de tristeza y sufrimiento:

- El sufrimiento que nos causamos a nosotros mismos.
- El sufrimiento causado por las debilidades de nuestro cuerpo mortal y la tristeza que sufrimos cuando alguien fallece.
- El sufrimiento que se nos manda para probarnos.
- El sufrimiento que nos ayuda a fortalecernos espiritualmente.
- El sufrimiento que nos hace humillarnos y nos lleva a arrepentirnos.
- El sufrimiento del Salvador y su sacrificio expiatorio, el acontecimiento más importante de la historia.

Pero si bien es cierto que nuestros sufrimientos y tristeza fortalecen nuestra fe en el Salvador Jesucristo, "nuestra tristeza se convertirá en gozo" (véase Juan 16:20).

Hace treinta años, siendo presidente de rama, estaba entrevistando a un hermano y su esposa. Ella lo criticaba porque no había proveído económicamente a la familia como ella había esperado; no había sido el compañero que ella había soñado que sería antes del casamiento; y no podían hablar sin discutir y atacarse el uno al otro.

Su esposo la amaba y, sin embargo, ella lo hería. Vi lágrimas en sus ojos mientras oía los insultos. Entonces sin poder soportarlo más, dada mi poca experiencia como presidente de rama, ya que sólo contaba con 21 años de edad, le dije: "¿Por qué hieres a la persona que te quiere más que nadie? ¿Por qué haces sufrir a alguien que haría cualquier cosa por ti?"

Su respuesta me sorprendió:

"Discutimos y herimos a los que amamos porque a ellos podemos hacerles más daño."

Nunca he olvidado esa ocasión. Hay mucha verdad en el ejemplo que di. No podemos herir a un extraño tanto como a alguien que amamos. Sabemos exactamente lo que podemos decir o hacer para herir a nuestros cónyuges, padres o hermanos. Sabemos que son vulnerables al ataque. Sabemos cómo herirlos al máximo con nuestras acciones. Para muchos es una prueba de su fe el que los lastimen los que están más cerca de ellos. En Zacarías encontramos que cuando a Jesús le preguntaran dónde había recibido las heridas que tenía en las manos, diría: "... fui herido en casa de mis amigos" (Zacarías 13:6). Sabemos que es cierto que Dios, nuestro Padre, y Su Hijo se sienten tristes cuando pecamos. Cuando no

aceptamos el sacrificio expiatorio de nuestro Señor y le desobedecemos, ¿no estamos hiriendo al que nos ama más que nadie?

En una ocasión en que estaban ayudando, un poco en contra de su voluntad, al élder LeGrand Richards a sentarse en una silla de ruedas, él se volvió hacia las Autoridades Generales más jóvenes y les dijo: "Ustedes también van a volverse viejos si viven muchos años". Cuando miro a mi madre de 82 años, paralizada desde hace ocho años, y a mi padre, artista de 84, cuya prueba de sufrimiento es la de estar quedando ciego, me doy cuenta de lo contentos que se pondrán cuando reciban cuerpos inmortales y perfectos. El sufrimiento de este estado mortal nos hará valorar más las bendiciones de un cuerpo perfecto. También, el gozo que nos da ayudar a nuestros padres nos hace sentir más cerca de ellos.

Se dice que del sufrimiento y la tristeza surgirá el gozo. A veces no podemos entender que el sufrimiento mortal puede traernos bendiciones eternas. Jesús dijo a sus apóstoles "Todavía un poco, y no me veréis; ... vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero... vuestra tristeza se convertirá en gozo". (Juan 16:16, 20.)

Jesús comparó esto con el parto en el que la mujer sufre antes de que nazca el niño, pero en seguida del nacimiento "ya no se acuerda de la angustia (Juan 16:21).

Después de la Crucifixión, la tierra tembló y las erupciones de los volcanes causaron muerte y destrucción. A los que habían pasado por estos sufrimientos les sería difícil comprender la escena de gozo descrita por el presidente Joseph F. Smith, cuando vio en una visión la visita del Salvador a los espíritus de los muertos que estaban en el mundo de los espíritus, mientras sus cuerpos estaban en la tumba:

"Todos éstos habían partido de la vida terrenal, firmes en la esperanza de una gloriosa resurrección mediante la gracia de Dios el Padre y de su Hijo Unigénito, Jesucristo.

"Vi que estaban llenos de gozo y de alegría, y se regocijaban juntamente porque estaba próximo el día de su liberación.

"Se hallaban reunidos esperando el advenimiento del Hijo de Dios al mundo de los espíritus para declarar su redención de las ligaduras de la muerte.

"Su polvo inerte iba a ser restaurado a su forma perfecta, cada hueso a su hueso, y los tendones y la carne sobre ellos; el espíritu y el cuerpo iban a ser reunidos para nunca más ser separados, a fin de que pudieran recibir una plenitud de gozo.

"Mientras esta innumerable multitud esperaba y conversaba, regocijándose en la hora de su liberación de las cadenas de la muerte, apareció el Hijo de Dios y declaró libertad a los cautivos que habían sido fieles;

"y allí les predicó el evangelio eterno, la doctrina de la resurrección y la redención del género humano de la caída, y de los pecados individuales, con la condición de que se arrepintieran." (D. y C. 138:14-19.)

Existe el sufrimiento que nos prueba. Job, un hombre perfecto, fue probado por Satanás. Sus amigos pensaban que su sufrimiento era el resultado del pecado, pero

las Escrituras nos dicen "no pecó Job ni atribuyó a Dios despropósito alguno " (Job 1:22). Tampoco nosotros debemos atribuir a Dios nuestro sufrimiento o pensar que sabemos la causa de las aflicciones de nuestros semejantes.

El sufrimiento que puede fortalecernos nunca excederá nuestra capacidad de perseverar hasta el fin.

Cuando José Smith estaba en la cárcel de Liberty, rogó al Señor que le enviara consuelo, y El lo consoló con estas palabras:

"Si las puertas mismas del infierno se abren de par en par para tragarte, entiende, hijo mío, que todas estas cosas te servirán de experiencia, y serán para tu bien." (D. y C. 122:7.)

Estas pruebas nos dan la espiritualidad que tal vez nunca pudiéramos adquirir si no tuviéramos experiencias en la cuales las mismas puertas del infierno abrieran su boca para tragarnos. No sólo debemos sobrevivir, sino que también tenemos que desarrollar la capacidad de sentir interés por el bienestar de los demás mientras nosotros estamos sufriendo. Este es un elemento básico de nuestro progreso espiritual. Si nos perdemos en el servicio de nuestros semejantes, nos encontraremos a nosotros mismos.

Jesús nos dio el ejemplo en Getsemaní cuando perdonó a sus discípulos por dormirse mientras él sudaba sangre por cada poro sufriendo por todos nuestros pecados. Sólo preguntó, "¿...no habéis podido velar conmigo una hora?" (Mateo 26:40). Más tarde, expresó su preocupación por el cuidado de su madre mientras sufría en la cruz; e incluso mientras sufría los dolores de la muerte, enseñó el evangelio a aquellos que habían sido crucificados junto a El (Juan 19:26-27).

Una de las más grandes lecciones de mi vida la recibí cuando acababa de ser apartado como Autoridad General, y cumplía con mi primera asignación. La esposa de otra de las Autoridades Generales había fallecido hacía apenas unos días. Cuando entré en el avión, lo encontré a él, sentado en la primera fila. ¡Qué gran ejemplo! Me emocionó verlo y en ese momento me pregunté cómo podía ayudar a otros alguien que estuviera sufriendo como él. Me habló de lo difícil que era para él salir en esa asignación porque se sentía sumamente apesadumbrado por la muerte de su esposa. A pesar de su gran dolor, había decidido ayudar a otras personas que lo necesitaban.

El sufrimiento es universal, pero reaccionamos a él en forma muy personal. La adversidad puede afectarnos de dos formas: puede fortalecernos y purificarnos por medio de la fe; o puede destruirnos si no tenemos fe en el sacrificio expiatorio del Señor. El propósito del sufrimiento es fortalecernos. Aprendemos a obedecer por medio de las penas que tenemos que pasar. Debemos ser humildes y acercarnos a Dios, como en el caso del hijo pródigo, que apreció más su casa al tener que vagar por el mundo y sufrir después de haber abandonado a sus familiares. El sufrimiento tuvo un papel muy importante en su arrepentimiento. (Lucas 15:11-32.) Cuando el sufrimiento es una consecuencia del pecado, debe provocar el arrepentimiento. Alma le testificó a su hijo Helamán:

"Y aconteció que mientras así me agobiaba este tormento, mientras me atribulaba el recuerdo de mis muchos pecados, he aquí, también me acordé de haber oído a mi padre profetizar al pueblo concerniente a la venida de un Jesucristo, un Hijo de Dios, para expiar los pecados del mundo.

"Y al concentrarse mi mente en este pensamiento,, clamé dentro de mi corazón: ¡Oh Jesús, Hijo de Dios, ten misericordia de mí que estoy en la hiel de amargura, y ceñido con las eternas cadenas de la muerte!

"Y he aquí que cuando pensé esto, ya no me pude acordar más de mis dolores; sí, dejó de atormentarme el recuerdo de mis pecados.

"Y ¡oh qué gozo, y qué luz tan maravillosa fue la que vi! Sí, mi alma se llenó de un gozo tan profundo como lo había sido mi dolor." (Alma 36:17-20.)

Después de cometer muchos errores y de no vivir como sabemos que debernos hacerlo, perdemos confianza en nosotros mismos y en lo que somos capaces de llegar a ser. Nos olvidamos de que somos hijos de Dios y de que tenemos la posibilidad de vivir con El y Su Hijo si aceptamos la Expiación y cumplimos con los mandamientos.

El primero de ellos requiere que tengamos fe en el Señor Jesucristo; fe en que El vive; fe en que oye y contesta nuestras oraciones; fe en que El perdonará nuestras transgresiones; fe en Su sacrificio expiatorio.

¿Por qué es la Expiación tan importante y el principio central del evangelio, en la Iglesia y en nuestra vida?

En el mundo premortal Jesús nació de padres celestiales; El fue el Primogénito de nuestro Padre Celestial. En la tierra, el nacimiento del Niño de Belén y su vida, que terminó con el sacrificio expiatorio, fueron profetizados por antiguos profetas en todas las dispensaciones. Sólo El podía realizar el sacrificio expiatorio, pues había recibido de su Padre el poder de la vida y no estaba sujeto a la muerte. Debido a este poder de vida, venció la muerte, el sepulcro perdió su poder y El se convirtió en nuestro Salvador, el Mediador y el Señor de la resurrección: El medio de salvación e inmortalidad para todos nosotros. Por el sacrificio expiatorio de Jesucristo, todos resucitaremos y llegaremos a ser inmortales.

Al estudiar la redención, la mayoría de nosotros probablemente se pregunte por qué es tan fácil para el mundo creer que en Adán todos mueren y son privados de la presencia de nuestro Padre Celestial, y sin embargo, le es tan difícil comprender que Jesucristo puede redimirnos.

Las Escrituras son muy claras cuando dicen:

"Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos.

"Para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro . . . (Romanos 5:19, 21.)

"Y tomará sobre sí la muerte, para poder soltar las ligaduras de la muerte que sujetan a su pueblo; y sus enfermedades tomará él sobre sí, para que sus entrañas sean llenas de misericordia... a fin de que según la carne pueda saber... a fin de poder tomar sobre sí los pecados de su pueblo, para poder borrar sus transgresiones según el poder de su redención. . ." (Alma 7:12, 13.)

"Porque he aquí, yo, Dios, he padecido estas cosas por todos, para que no padezcan, si se arrepienten;

"mas si no se arrepienten, tendrán que padecer así como yo." (D. y C. 19:16-17.)

Como dice el himno:

"Asombro me da el amor que me da Jesús,
Confuso estoy por su gracia y por su luz;
Y tiemblo al ver que por mí El su vida dio,
Por mí, tan indigno, Su sangre se derramó.

Sorpresa me da que quisiera Jesús bajar
Del trono divino mi alma a rescatar;
Que El extendiera perdón a tal pecador,
y justificara mi vida por su amor.

Contemplo que El en la cruz se dejó clavar,
Pagó mi rescate, no puédolo olvidar;
No, no, sino que a su trono yo oraré,
Mi vida y cuanto yo tengo a El daré.

Cuán asombroso es que él amárame y rescatárame
Oh sí, asombro es, siempre para mí.
(Himnos de Sión, No. 46)

Es mi ruego que nuestros sufrimientos fortalezcan nuestra fe en el Señor Jesucristo, y que ellos se conviertan en gozo, en el nombre de Jesucristo. Amén.